

---

# **Los Miserables, Volume 1 (Spanish Edition)**

**Hugo Victor**

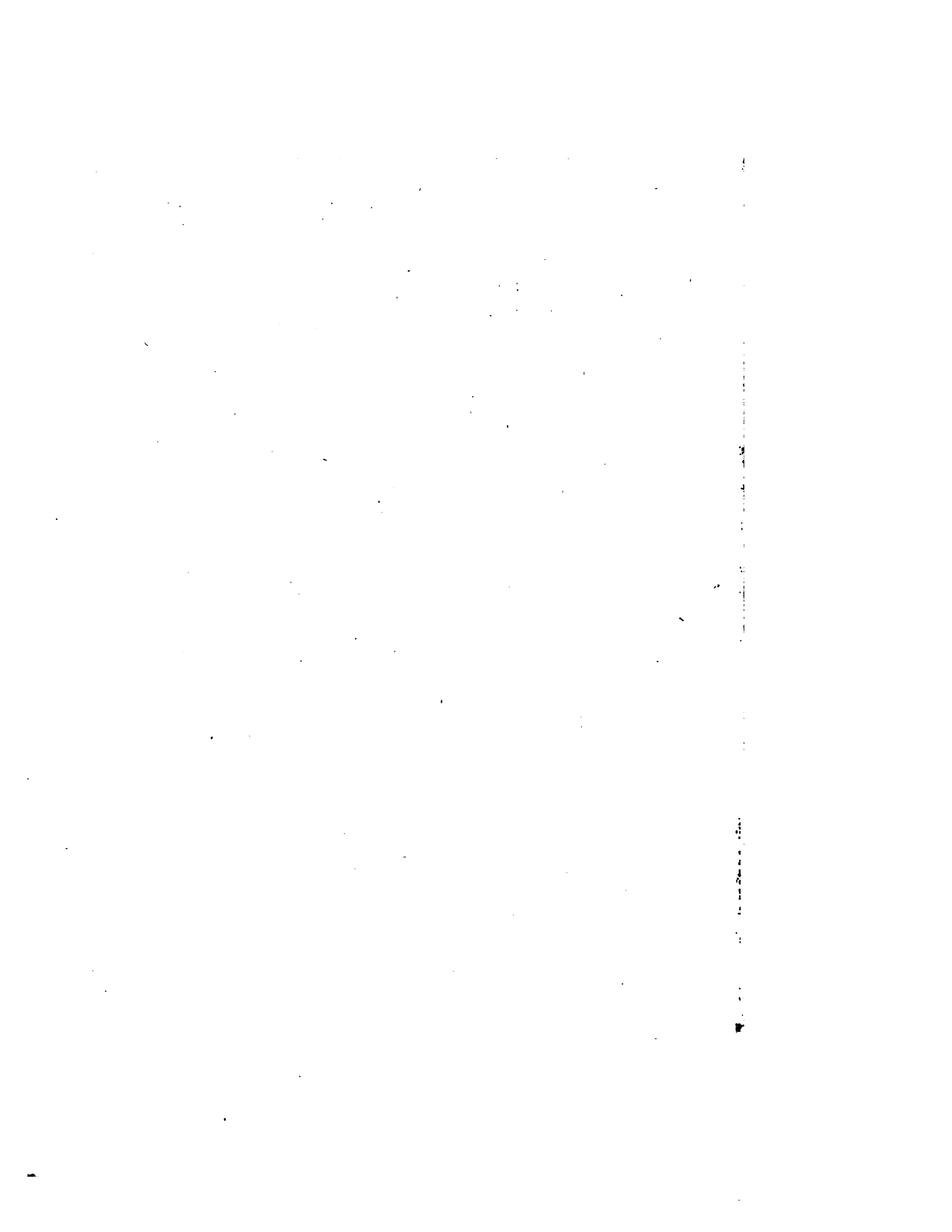
---

**Title: Los Miserables, Volume 1 (Spanish Edition)**

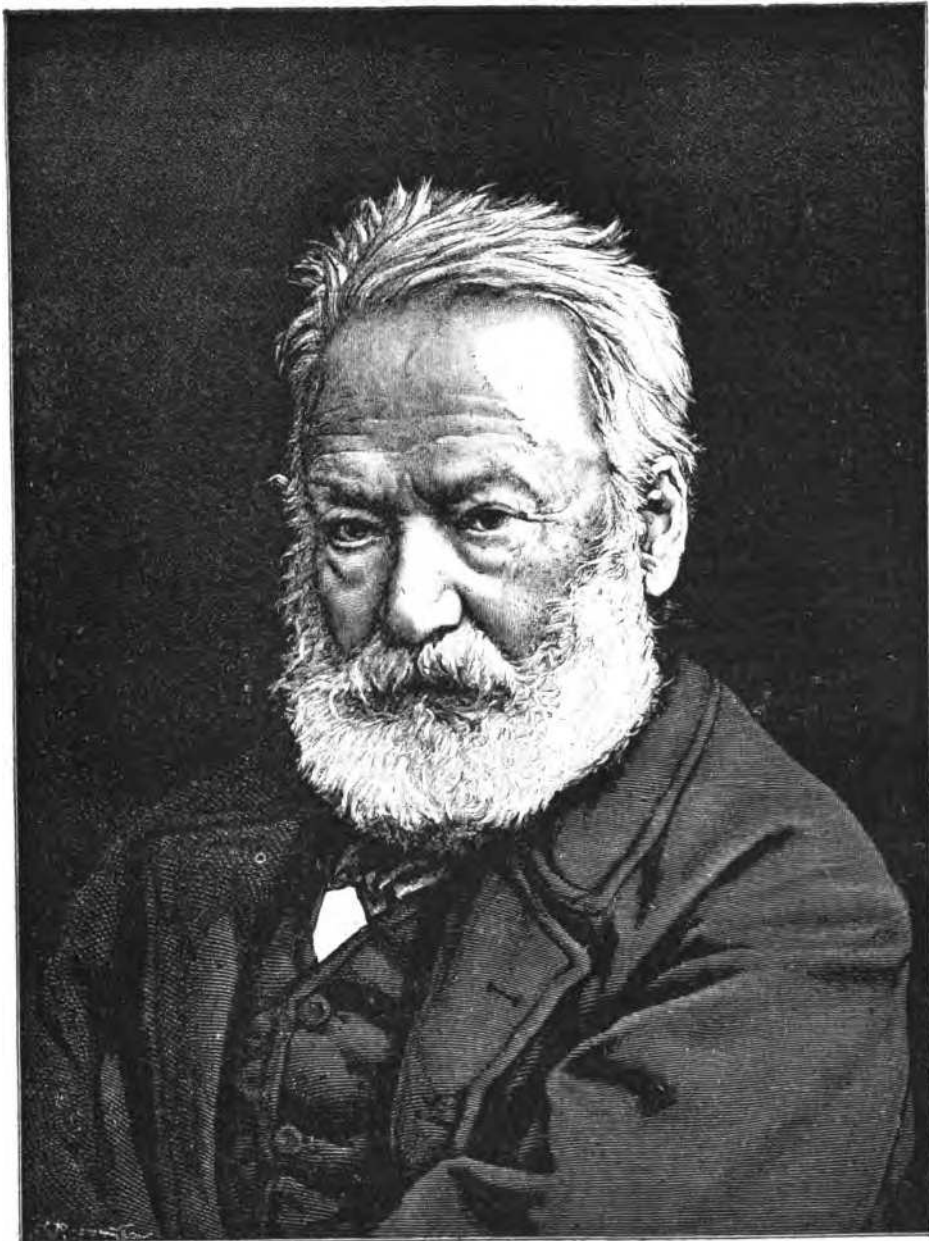
**Author: Hugo Victor**

**This is an exact replica of a book. The book reprint was manually improved by a team of professionals, as opposed to automatic/OCR processes used by some companies. However, the book may still have imperfections such as missing pages, poor pictures, errant marks, etc. that were a part of the original text. We appreciate your understanding of the imperfections which can not be improved, and hope you will enjoy reading this book.**





**LOS MISERABLES**



*De verre pour gémir ; d'airain pour résister. (1)*

*Victor Hugo*

---

(1) De vidrio para llorar; de bronce para resistir.



LOS MISERABLES



Por Victor Hugo

LI

Ed

# LOS MISERABLES

POR

VICTOR HUGO

*Edición adornada con láminas al cromo y grabados intercalados en el texto*

VERSIÓN ESPAÑOLA

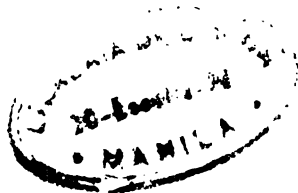
DE

J. A. R.

---

TOMO I

---



BARCELONA

**Casa Editorial «MAUCCI»**

296, CONSEJO DE CIENTO, 296

1897



KPG 265



## PREFACIO

*Mientras exista, por la fuerza de las leyes y de las costumbres el peligroso vicio cial de crear infernos artificiales en plena civilización, complicando con fatalidad humanas la divinidad del destino; mientras los problemas del siglo: la degradación hombre por el proletariado, la decadencia de la mujer por el hambre y la atrofia niño por las tinieblas, no esten resueltos; mientras sea posible en ciertas regiones, la fixia social; ó de otra manera y hablando en términos más claros: mientras exista so la tierra ignorancia y miseria, pueden no ser inútiles los libros de la naturaleza presente.*

*Victor Hugo.*

HAUTEVILLE HOUSE, 1862.



## PRIMERA PARTE

FANTINA

## LIBRO PRIMERO

UN JUSTO

I

El señor Myriel

En 1815 el señor Carlos Francisco Bienvenido Myriel estaba de obispo en D\*\*\*. Era este un anciano como de setenta y cinco años y ocupaba el obispado de D\*\*\* desde 1806.

Por más que semejante detalle no tenga nada que ver con el fondo de lo que nos proponemos relatar, no estará tal vez fuera del caso, aún cuando no tenga otro objeto que el de ser verdaderos en todo, al consignar los rumores y murmuraciones que acerca de su personalidad habían circulado cuando llegó á tomar posesión de su diócesis. Lo que de los nombres se dice, verdadero ó falso, ocupa generalmente en su existencia influye sobre todo en su porvenir, tanto como lo que hacen. El señor

Myriel era hijo de un consejero del parlamento de Aix; nobleza de toga. Se decía que su padre, deseando que heredara su cargo, le había casado siendo aún muy joven, esto es, á los diez y ocho ó veinte años, siguiendo una costumbre muy generalizada entre las familias de los magistrados. Carlos Myriel, sin embargo de su matrimonio, había dado bastante que hablar. A pesar de su corta estatura, era de presencia gallarda, elegante, graciosa y espiritual; la primera parte de su vida perteneció por completo al mundo y á la galantería.

Sobrevino la Revolución, precipitáronse los acontecimientos, dispersáronse, diezmadas por la persecución general, las familias de la antigua magistratura, y el señor Carlos Myriel, desde las primeras jornadas de la revolución, emigró á Italia. Su esposa, falleció allí, de una enfermedad de pecho de la que venía padeciendo hacía mucho tiempo. No tuvieron hijos. ¿Qué aconteció luego en los destinos del señor Myriel? El derrumbamiento de la antigua sociedad francesa, la caída de su propia familia, los trágicos espectáculos del 93, más horrorosos sin duda para los emigrados que los miraban de lejos con el agrandamiento del miedo ¿engendraron tal vez en su alma ideas de retiro y soledad? Entre alguna de las diversas afecciones ó distracciones que llenaban su vida, ¿se vió herido de súbito por un golpe terrible y misterioso, de esos que muchas veces aplastan el corazón del hombre que las catástrofes públicas no conmovían aún cuando atacasen su existencia ó su fortuna? No podemos decirlo; sólo sabemos que á su vuelta de Italia era sacerdote.

En 1804, el señor Myriel ocupaba el curato de B. (Brignoles). Era ya viejo y vivía completamente retraído.

Durante la época de la coronación, cierto insignificante asunto de su ministerio que no podemos precisar, le llevó á París. Entre otras personas de valimiento á quienes acudió en bien de sus feligreses contábase el cardenal Fesch. Un día en que el emperador había ido á visitar á su tío, el digno cura que esperaba en la antecámara se encontró al paso con Su Magestad; Napoleón, al observar que el buen anciano le miraba con cierta curiosidad, volvióse y dijo bruscamente:

—¿Quién es este buen hombre que me mira?

—Señor,—dijo el señor Myriel;—vos mirando un buen hombre y yo un grande hombre, podemos ambos aprovecharnos de ello.

Aquella misma noche pidió el emperador al cardenal el nombre de aquel cura, y algún tiempo despues fué sorprendido el señor Myriel con el nombramiento de obispo de D\*\*\*.

¿Qué había de verdad, por otra parte entre los cuentos que se inventaban sobre la primera parte de la vida del señor Myriel? Nadie lo sabía. Pocas eran las familias que habían conocido á la del señor Myriel antes de la revolución.

El señor Myriel debía correr la suerte de todo recién llegado á una

pequeña población, donde se encuentran muchas bocas que hablan y muy pocas cabezas que piensen. Debía correrla, por más que fuese obispo y por que era obispo. Sin embargo, las murmuraciones en que iba en vuelto su nombre no pasaban de murmuraciones, es decir: murmullos, frases, palabras; ménos que palabras, *palabrerías*, como diríamos en el idioma enérgico del Mediodía.

Sea como fuere, despues de nueve años de episcopado y de residencia en D\*\*\* todos los cuentos, objeto de las conversaciones del primer momento, en que se ocupan las pequeñas poblaciones y la gente pequeña, habian caido en el olvido más profundo. No había quien se atreviese á hablar de ello ni quien osase recordarlo siquiera.

El señor Myriel había ido á D\*\*\* en compañía de una buena señora, la señorita Batistina, hermana suya, la cual contaba diez años menos que él.

No tenían ambos más servidores que una criada de la misma edad que la señorita Batistina, á quien llamaban señora Magloria, la cual, despues de haber sido *el ama del señor cura*, tomó á la sazón el doble título de camarera de la señorita y ama de gobierno de su ilustrísima.

Era la señorita Batistina de corta estatura, delgada, pálida y bondadosa; la encarnación del ideal expresado en la palabra «respetable» puesto que parece necesario en una mujer para ser venerable, el haber sido madre. Jamás había sido bonita; no había sido su existencia otra cosa que una série no interrumpida de obras piadosas, la cual había acabado por derramar sobre ella cierta especie de blancura diáfana; así es que, al envejecer, había adquirido lo que podríamos llamar hermosura de la bondad. Lo que en su juventud había sido flaqueza convirtióse con los años en transparencia, al través de la cual se adivinaba el ángel. Era mejor que una vírgen, un alma. Parecía su persona hecha de sombra; apenas tenía bastante cuerpo para encerrar un sexo; un poco de materia conteniendo una luz; dos grandes ojos fijos siempre en la tierra, esto es, un pretexto para que el alma viviese en ella.

La señora Magloria era una viejecilla blanca, rellena, sonrosada, rechoncha, activa, hacendosa y atareada y sofocada siempre, á causa de su actividad natural al principio, á causa de su asma despues.

A su llegada, dieron posesión al señor Myriel de su palacio episcopal, con los honores decretados por el imperio, según los cuales, se coloca al obispo inmediatamente despues de el mariscal. El alcalde y el presidente hicieron la primera visita, y él, por su parte, hizo su visita primera al general y al prefecto.

Terminada la instalación, esperó la ciudad á apreciar al obispo por sus obras.